

Muerte de Lázaro - Juan 11:1-27

(Jn 11:1-27) “Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.”

Introducción

Aunque todavía estamos en la mitad del evangelio, es en este capítulo donde encontramos el último de los siete milagros o señales que Juan recoge. De hecho, los capítulos 11 y 12 marcan un nuevo y significativo paso en la vida y obra de Jesús que le conducirá hasta la cruz. Como veremos, fue precisamente este milagro la causa definitiva por la que las autoridades judías tomaron oficialmente la decisión de que Jesús debía morir (**Jn 11:45-53**).

Por otro lado, esta última señal de Jesús pone en evidencia de forma totalmente clara que él era el Hijo de Dios, algo que como recordaremos es el propósito de este evangelio (**Jn 20:30-31**). Y una vez más, siguiendo con su esquema general, el evangelista acompaña un milagro con una declaración de quién es Jesús. En la sección anterior vimos que Jesús dijo que él era la Luz del mundo, y lo demostró dando la vista a un hombre ciego de nacimiento. Ahora vamos a ver que hizo otra declaración igualmente sorprendente: “Yo soy la resurrección y la vida”, y lo demostró resucitando a un hombre que ya hacía cuatro

días que estaba muerto. Es interesante notar que la revelación de quién es Jesús no se basa en ideas abstractas, sino en hechos históricos concretos.

Por lo tanto, la narración que tenemos delante de nosotros, no pretende llevarnos a pensar en Lázaro, y quizá por eso sepamos tan poco de él, sino que su propósito final es conducir nuestras miradas a Cristo, para que quedemos maravillados con su gloriosa persona. Aquí se nos presenta teniendo un señorío absoluto sobre la muerte: *“Yo soy la resurrección y la vida”*. Y por medio de este milagro demostró que es capaz de traer a las personas de la muerte a la vida y cumplir plenamente lo que había anunciado anteriormente: *“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”* (Jn 10:10). Esto encontrará su consumación final en la resurrección de todos los creyentes (Jn 5:28-29).

Por otro lado, la resurrección de Lázaro tenía la intención de proporcionar a los judíos una prueba definitiva de que Jesús era el Cristo de Dios, el Mesías prometido. En el capítulo anterior los judíos le habían dicho: *“Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”*, a lo que Jesús contestó apelando a sus obras: *“las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí”* (Jn 10:24-25). Y en este pasaje vamos a ver que a tan solo tres kilómetros de Jerusalén, y en presencia de numerosos testigos, Jesús resucitó a Lázaro, un hombre que llevaba cuatro días muertos. A partir de ahí, los judíos no podían decir que carecieran de pruebas de que Jesús era el Cristo.

Pero además, la resurrección de Lázaro serviría también para preparar las mentes de los judíos y de los discípulos para la propia resurrección de Jesús. Nadie podría decir después que era un acontecimiento imposible.

“Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana”

El relato comienza presentándonos a tres hermanos; Lázaro, María y Marta, que vivían en Betania, una aldea a unos tres kilómetros de Jerusalén al pie de la ladera oriental del monte de los Olivos.

Por los otros evangelios sabemos que cuando el Señor viajaba a Jerusalén, solía retirarse a pasar la noche en Betania (Mt 21:17) (Mr 11:11). Allí gozaba del afecto y el cariño que encontraba en el hogar de estos tres hermanos (Lc 10:38-42). Esta misma María es la que ungió los pies de Jesús con un unguento de gran precio (Jn 11:2) (Jn 12:1-8). Fue también desde Betania de donde partió el Señor para hacer su entrada triunfal en Jerusalén y allí pasó la noche inmediatamente anterior a su pasión. Y unas semanas después de su resurrección, fue también en las proximidades de Betania desde donde el Señor ascendió finalmente al cielo (Lc 24:50-53). Por lo tanto, podemos decir que el Señor estaba muy unido a Betania, y en especial a la familia de Lázaro, donde encontraba un ambiente feliz y de una amistad especial. En aquel hogar el Señor disfrutaba de un oasis de paz en medio de la hostilidad con la que era recibido cada vez que entraba en Jerusalén. Allí el Maestro hallaba alivio y consuelo al escapar de las polémicas y las luchas dialécticas que cada día tenía en el templo en Jerusalén. Bien valía la pena andar los tres kilómetros que le separaban hasta Betania.

“Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro”

El amor que sentía el Señor por cada uno de los miembros de esta familia se afirma en varias ocasiones a lo largo de este pasaje (Jn 11:3,5,36).

Aunque eran hermanos, como suele ocurrir, todos ellos eran muy diferentes entre sí. Marta siempre parecía *“turbada y afanada con muchas cosas”* (Lc 10:41). Era de ese tipo de mujeres que siempre están pendientes de todo lo que pueda afectar a la comodidad y el bienestar de aquellos que están a su alrededor. María, en cambio, *“se sentaba a los pies de Jesús y oía su palabra”* (Lc 10:39). Ella manifestaba una relativa pasividad, un espíritu dado a la meditación y entregado enteramente a la devoción a Jesús. Y de Lázaro sabemos muy poco, porque nunca dice nada en ninguno de los relatos en donde aparece. Le imaginamos por lo tanto un hombre de pocas palabras, tranquilo y modesto.

Pero aunque hubiera importantes diferencias de carácter entre todos ellos, el Señor los amaba a todos por igual. Tal vez los padres puedan pecar teniendo favoritismos por alguno de sus hijos, pero esto no ocurre con el Señor. Él nos ama a todos por igual sin importarle la diversidad de nuestros caracteres o dones.

La enfermedad de Lázaro

Sin embargo, el pasaje nos enseña que a pesar de la estrecha vinculación que había entre estos tres hermanos y el Señor, aun así, esta querida familia fue afligida por la enfermedad y la muerte de Lázaro. Este hecho nos hace reflexionar sobre dos hechos importantes. El primero es que la enfermedad no debe ser interpretada necesariamente como una evidencia del enojo divino sobre nosotros. Y el segundo, que los cristianos enferman y mueren del mismo modo que lo hacen los que no son creyentes.

El propósito de la enfermedad de Lázaro

Cuando el Señor recibió la noticia de que su amigo Lázaro estaba enfermo, dijo que esa enfermedad no sería para muerte. Con eso estaba dando a entender que la muerte no sería el resultado final de esa enfermedad, porque aunque era cierto que iba a morir, el sepulcro no podría retener por mucho tiempo el cuerpo de Lázaro. Debemos entender, por lo tanto, que el Señor estaba anticipando que la muerte no saldría victoriosa, sino que sería vencida cuando él mismo resucitara a su amigo.

Es verdad que podría haber dicho: “Lázaro morirá y después resucitará”, pero no lo hizo. De ese modo, aunque el Señor sabía que lo iba a resucitar más tarde, todos los demás tenían que enfrentar los acontecimientos sin saber a ciencia cierta lo que él se proponía. Y eso es exactamente lo mismo que nos ocurre a nosotros cuando atravesamos por diversas pruebas; Dios tiene un propósito, pero nosotros no lo conocemos de antemano, por lo que con frecuencia nos preguntamos por qué tenemos que pasar por ciertas experiencias desagradables.

Pero como decimos, Dios siempre tiene un propósito en todo lo que nos ocurre. En muchas ocasiones él permite enfermedades u otras dificultades con el fin de hacer crecer y madurar nuestra fe. Esto es así porque la enfermedad nos muestra cuán frágiles somos, y con frecuencia, es en esas circunstancias cuando experimentamos una mayor necesidad de acercarnos a Dios en busca de ayuda; leemos más nuestras biblias y oramos con más fervor. Es entonces cuando nos volvemos lo suficientemente sensibles para aprender lecciones que de otro modo no aprenderíamos, porque el sufrimiento nos quita la orgullosa dependencia que tenemos de nosotros mismos y nos arroja a los pies de Dios. Por otro lado, la cercanía de la muerte también nos lleva a pensar en la brevedad de la vida, y vemos cómo el momento de rendir cuentas ante Dios se acerca a nosotros inexorablemente. Muchos en esas circunstancias sienten la necesidad de arreglar o mejorar su relación con Dios.

En nuestro pasaje vemos que la enfermedad de Lázaro llevó a sus hermanas a desear estar más cerca de Jesús, razón por la que mandaron a llamarle. Pero el Señor no fue inmediatamente, sino que envió de vuelta al mensajero con estas enigmáticas palabras: *“Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”*.

En esto que dijo el Señor notamos que el propósito principal de la enfermedad y muerte de Lázaro iba a ser manifestar la gloria de Dios y también la del Hijo. Ambos serían glorificados por igual, puesto que la relación entre ambos es tan estrecha e inseparable que no es posible que uno sea glorificado a parte del otro (**Jn 5:23**). En cuanto a la expresión *“la gloria de Dios”*, en este evangelio se usa para referirse a aquellos atributos de Dios que son mostrados a los hombres. Y en esta ocasión vamos a ver al Señor Jesucristo presentarse como la *“resurrección y la vida”*; dos atributos suyos que guardan una estrecha relación con las necesidades más fundamentales del hombre.

Por lo tanto, el sufrimiento de las hermanas de Lázaro tenía un elevado propósito: iba a llevarles a descubrir algo del carácter de Dios que de otra manera desconocerían. Tenemos otros ejemplos en la Escritura de cómo los tiempos de prueba han llevado a los creyentes a conocer a Dios de una manera totalmente nueva. Por ejemplo, el rey David no habría conocido a Dios como su *“Roca, Fortaleza y Libertador”* si no hubiera sufrido la persecución de sus enemigos (**2 S 22:1-51**). Abraham no habría conocido a Dios como *“Jehová Proveerá”* si no hubiera estado dispuesto a ofrecer a su hijo Isaac (**Gn 22:14**). Las hermanas de Lázaro no habrían conocido a Jesús como la *“Resurrección y la vida”* si su hermano no hubiera muerto. Y probablemente María no habría ungido a Cristo con aquel vaso de alabastro de gran precio si no hubiera presenciado la resurrección de su hermano.

“Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo”

Aquí tenemos un buen ejemplo de lo primero que deberían hacer los cristianos cuando están enfermos o atraviesan por dificultades del tipo que sea: buscar al Señor. Es verdad que nosotros no podemos hacerlo de una forma física, tal como lo hicieron María y Marta, pero siempre podemos acudir a él por medio de nuestras oraciones. Por supuesto, esto no quita que también utilicemos otros medios para recuperar la salud, pero ante todo y sobre todo, debemos llevar nuestras dolencias al Señor en oración y confiar en él. ¡Y cuánto debemos agradecer también que nuestros hermanos oren por nosotros!

En cuanto al mensaje que las hermanas enviaron a Jesús, hay un detalle muy importante y hermoso: *“Señor, he aquí el que amas está enfermo”*. No agregaron nada más, no formularon ninguna petición, pero tampoco hacía falta. Ellas tenían la plena confianza en que el Señor haría lo que considerase más acertado. Esta es una verdadera prueba de fe y humildad que debemos tener en cuenta en nuestras oraciones.

Y notemos también que su confianza no se basaba en el amor que Lázaro tenía por el Señor, sino en el amor del Señor por Lázaro. El amor que nosotros podemos llegar a tener por Jesús es siempre imperfecto, fluctuante e incierto; pero el amor de Jesús hacia nosotros es perfecto y no cambia nunca. Estas dos mujeres sabían cómo el Señor amaba a Lázaro, así que no tuvieron que hacer una larga petición con frases rebuscadas que repetirían una y otra vez con el fin de intentar convencerle para que hiciera lo que le pedían. Nada de eso era necesario. Ellas sabían que el Señor tenía poder más que suficiente para hacer lo que se propusiera, y descansaban en que su amor le movería a actuar a su favor de la mejor manera. Y de igual modo, cuando nosotros nos dirigimos a

Dios en oración, debemos estar seguros de que su amor por nosotros es real, y de ahí en adelante debemos esperar confiadamente su respuesta.

“Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba”

Cuando Jesús escuchó que Lázaro estaba enfermo, esperaríamos que hubiera salido inmediatamente hacia Betania para sanarlo, o que pronunciara una palabra que lo sanara a distancia del mismo modo que hizo con el hijo del oficial del rey en Capernaum (**Jn 4:50-51**). Pero Jesús no hizo ninguna de las dos cosas. Este comportamiento parece poner en duda la afirmación previa de que Jesús amaba a Lázaro y a sus hermanas. Pero aquí vamos a aprender que el amor de Dios se manifiesta también en su demora al contestar nuestras peticiones.

Sólo después de dos días Jesús se puso en marcha para ir a Betania. Mientras tanto María y Marta tuvieron que pasar por la agonía y el sufrimiento de ver morir a su hermano. Podemos imaginar su dolor por esta pérdida, pero también su perplejidad por la falta de respuesta de Jesús en todo ese tiempo.

Uno de los misterios de la vida espiritual es que a veces el Señor no llega cuando más lo necesitamos, y entonces nos preguntamos una y otra vez: ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no hace algo? ¿No ve Dios que le necesitamos? ¿Acaso es que no le importamos? ¿Por qué permite que suframos si realmente nos ama? Estas mismas preguntas deben haber estado dando vueltas en los corazones de estos tres amigos de Jesús.

Ahora bien, el pasaje no nos explica por qué el Señor no acudió rápidamente a Betania. Tal vez estuvo atendiendo a otros moribundos mientras tanto, o sanando a otros enfermos. No lo sabemos. Aunque cuando los que sufrimos somos nosotros, creemos que nuestro caso es prioritario y no puede haber nada más importante. Quizá en este punto las dos hermanas estaban pensando que a fin de cuentas ellas se habían ocupado de Jesús y de sus discípulos en otras ocasiones, y que ahora le tocaba a Jesús hacer algo por ellas. Queremos creer que no pensaban así, aunque nosotros sí que lo hayamos hecho en algunas ocasiones. Pero estos planteamientos son erróneos.

Lo que sí que parece claro cuando conocemos el final de la historia, es que el Señor tenía un propósito bien definido. El no iba a sanar a Lázaro, sino que lo iba a resucitar, y para eso era necesario que primero muriera. Y por supuesto, al hacerlo así, también iba a defraudar momentáneamente las expectativas que las hermanas tenían puestas en él.

¡Qué difícil es esperar mientras sufrimos y no recibimos respuesta de Dios! El silencio de la espera nos consume por dentro. Algunas veces puede ser una enfermedad prolongada y dolorosa, otras un despido, o sufrir algún tipo de abuso, que nos traten injustamente, estar solos... ¡Son tantos los dilemas que enfrentamos continuamente!

Pero no podemos juzgar una situación hasta que no ha llegado a su fin. No podemos actuar como niños impacientes. Sólo cuando veamos las cosas terminadas y en perspectiva podremos entender cómo obra la providencia de Dios a favor de sus hijos. No olvidemos que nosotros vemos la vida desde el día de hoy, mientras que Dios la ve desde la eternidad. Cuando nosotros lleguemos a ese mismo punto, no nos quedará ninguna duda de la infinita sabiduría de Dios. Pero mientras veamos sólo una parte, es probable que habrá cosas que no entendamos. Por eso se hace necesario confiar en Dios con paciencia en cada prueba de la vida, teniendo la convicción de que todo lo que él hace está bien hecho y en el momento oportuno. Cuando llegamos a ese punto podemos orar diciendo: “Señor, mi tiempo está en tu mano. Haz conmigo lo que quieras, como quieras y

cuando quieras. Hágase tu voluntad y no la mía”. Entonces dejaremos de quejarnos y veremos desaparecer de nosotros la amargura y el resentimiento. Y cuando todo haya pasado, es seguro que no habríamos deseado que las cosas hubieran ocurrido de otra forma.

Tal vez usted ha tenido la ocasión de ver salir a una mariposa de su capullo. Cuando ya está formada, lucha durante un largo rato para librarse de las fibras secas que la rodean. Si usted está viendo este largo proceso, quizá se impacienta y tenga la tentación de ayudar a la mariposa en esa interminable lucha para que pueda salir volando libremente cuanto antes. En ese caso, puede cortar con unas pequeñas tijeras las fibras secas que la rodean y así la mariposa podrá salir fácilmente, pero debe saber que su ayuda sólo conseguirá que la mariposa tenga una vida muy corta. A usted le puede parecer que su compasión tendrá el efecto contrario, pero no es así. Lo que debe saber es que la presión que experimenta durante su larga salida sirve para inflar sus alas con la sangre que ha almacenado en su abdomen. Así que todo ese doloroso proceso sirve para que sus alas se endurezcan y se sequen antes de que pueda comenzar a volar. Si le libra de su sufrimiento o intenta acortarlo, habrá terminado también con su nueva vida.

Una gran verdad que nunca debemos olvidar es que por mucho que parezca que Dios se retrasa en atendernos, él nunca duerme ni se olvida de su pueblo. Todo cuanto acontece en nuestras vidas ha sido guiado por su infinito amor y sabiduría, y cuando él lo crea necesario entrará en acción, siempre en el momento más apropiado. Aquel que estuvo dispuesto a morir por nosotros en la cruz, podemos estar seguros de que no va a permitir que suframos por capricho. Pensar en esto nos ayudará a sobrellevar con paciencia cualquier penalidad de la vida.

Por otro lado, el “retraso” de Cristo en ir a Betania sirvió también para que nadie pudiera negar el milagro de resurrección que iba a llevar a cabo. Ninguno de sus enemigos podría decir que Lázaro no estaba muerto, que sólo se había desvanecido. Cuando abrieron el sepulcro no quedó duda alguna de que el proceso de descomposición ya había comenzado y que Lázaro estaba realmente muerto. Así que, aunque no nos gusta, vemos que en cierto sentido las hermanas sufrieron también para el beneficio de los judíos incrédulos, que de ese modo iban a recibir una señal definitiva de quién era Jesús. Y no sólo ellos, sino que también la fe de los discípulos sería fortalecida (**Jn 11:15**).

“Luego dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez”

Cuando llegó la hora establecida por su Padre, Jesús se dispuso a ir nuevamente a Judea. Esto alarmó a los discípulos que le advirtieron del peligro: *“Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?”*. A ellos les parecía un plan muy peligroso, y era cierto. No olvidemos que poco tiempo antes habían tenido que salir de allí debido a la violenta oposición de los judíos (**Jn 10:39-40**). Volver de nuevo era lanzarse al ojo del huracán.

Pero el Señor no dudaba en poner en peligro su vida para ir a ayudar a sus amigos. Y esto nos recuerda algo que ya sabemos: cada vez que el Señor busca el bien de los suyos, tiene un alto coste personal para él. La cruz es el mayor ejemplo de este principio. Pero de ninguna manera las amenazas de los judíos o el temor al sufrimiento iban a impedirle cumplir con la voluntad de su Padre.

También podemos entender la preocupación de los discípulos. El clima de hostilidad que se respiraba en Jerusalén contra el Señor fácilmente podía incluirles también a ellos. Sabía que corrían un importante riesgo personal si acompañaban al Señor. Tomás lo dejó claro cuando dijo: *“Vamos también nosotros, para que muramos con él”* (**Jn 11:16**).

Quizá es por esta razón que el Señor propone a los discípulos que le sigan: *“Vamos a Judea otra vez”*, dejando así abierta la posibilidad de que ellos no quisieran acompañarle. Esto dio lugar a que ellos le expusieran sus sentimientos y temores de una manera franca y abierta. Quedó claro que ellos tenían miedo y el Señor no les condenó por ello. Pero, ¿qué harían?

¿Y qué haríamos nosotros? Porque en algún momento todos los cristianos nos encontramos en la necesidad de tomar decisiones difíciles y arriesgadas, teniendo que elegir un camino que no es el que preferimos y cuyo fin es incierto. En esos casos debemos actuar con fe, confiando plenamente en el Señor y siguiendo sus indicaciones sin apartarnos de ellas. Y finalmente encontraremos que estando con el Señor nada impedirá que sus propósitos se cumplan, aunque, por supuesto, eso no quiere decir que no tengamos que sufrir.

“El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo”

El Señor respondió a los temores de los discípulos citando un proverbio: *“¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo, pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él”*.

Según la manera en que los judíos computaban las horas, el día se dividía en doce horas de luz y doce de oscuridad. Cualquier viajero caminaría de día sin peligro de tropezar porque la luz le permitiría ver el camino. Por el contrario, si intentara andar de noche, estaría expuesto continuamente a tropezar por la falta de luz. De aquí el Señor extrae dos importantes lecciones que servirían a los discípulos en cualquier tiempo.

“Andar de día” implicaba andar a la luz de este mundo, es decir, caminar con el Señor, que es la *“Luz del mundo”*. Por lo tanto, podemos estar seguros de que siempre que andemos con el Señor, sin apartarnos de su voluntad, no tendremos peligro de tropezar. Y por otro lado, la referencia a las *“doce horas del día”* deben ser entendidas como el tiempo señalado por el Padre para el ministerio de su Hijo. Durante ese tiempo nadie podría impedir el desarrollo de su plan, y lo mismo se puede decir de cada uno de nosotros. Por lo tanto, no debemos temer que alguien nos arrebatase la vida antes de tiempo. Esta confianza es el mejor antídoto contra el miedo al peligro. Sólo nos debe preocupar que las adversidades que enfrentemos se encuentren en el camino de la voluntad de Dios. En el libro de los Hechos podemos ver que estos mismos discípulos aprendieron que andando en la voluntad de Dios, las persecuciones y los peligros no podrían detener su testimonio y servicio.

Cristo estaba andando en perfecta obediencia a la voluntad del Padre, y por ello no había peligro de que muriese antes del tiempo señalado. Era cierto, sin embargo, que llegaría el momento en que el Señor diría a sus enemigos: *“Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas” (Lc 22:53)*. Sólo entonces le podrían prender, pero no antes.

“Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle”

La referencia a las *“doce horas”* que duraba el día implicaba también que había cierto tiempo para realizar el trabajo. Así que el Señor se disponía a ir a ver a su amigo Lázaro inmediatamente.

En realidad, en ese momento Lázaro ya estaba muerto, sin embargo, el Señor se refiere a él como *“nuestro amigo Lázaro duerme”*. De aquí se desprenden algunos hechos importantes.

En primer lugar notamos que el Señor se refiere a la muerte como un *“dormir”*, como si se tratara de un breve descanso del que finalmente se despierta con renovadas fuerzas. Y así iba a ser con Lázaro, a quien el Señor iba a *“despertar”*. Esta forma de referirse a la muerte llegó a ser normal en la iglesia primitiva (**Hch 7:60**) (**1 Ts 4:13-14**). En cambio, para el incrédulo, la muerte es por fuerza un trance terrible en el que no quiere pensar. Pero para el creyente, el aguijón de la muerte ya no existe, ha sido quitado por el Señor (**1 Co 15:55-57**). Este aguijón hiriente de la muerte viene como consecuencia de sentir que los pecados no han sido perdonados, pero el cristiano ya no teme porque sabe que el Señor le ha salvado y perdonado. Nuestra enemistad con Dios se terminó el día en que le entregamos nuestras vidas. Y esto nos lleva al siguiente pensamiento.

El Señor se refiere a Lázaro como *“nuestro amigo”*. No era sólo un siervo o un súbdito, sino un amigo. Además, está implícito aquí que la muerte no puede romper estos lazos de amistad entre los creyentes y el Señor. Esta amistad durará por toda la eternidad. En realidad, esto es así porque Lázaro seguía vivo. Algo similar dijo Jesús en otra ocasión cuando explicó el pasaje del Antiguo Testamento en el que Dios decía que él era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, en un tiempo cuando todos esos patriarcas ya habían muerto. Pero Cristo usó este hecho para demostrar que Dios seguía siendo su Dios, porque ellos estaban vivos (**Mr 12:26-27**). Y lo mismo se podía decir de Lázaro.

Sin embargo, los discípulos no entendieron lo que Jesús les estaba diciendo: *“Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto”*.

Tomaban cada detalle literalmente, así que no eran capaces de entender las palabras del Señor. Pero ellos ya habían oído en otras ocasiones hablar del mismo modo al Señor. Por ejemplo, antes de resucitar a la hija de Jairo, dijo a los que estaban allí: *“La niña no está muerta, sino duerme”* (**Mt 5:39**). Tal vez el temor a regresar a Judea bloqueaba sus pensamientos y preferían pensar que sólo estaba durmiendo, lo que no requeriría que Jesús fuera a verle. Esto es algo muy frecuente, lo sabemos, porque también nosotros no entendemos lo que no queremos entender.

“Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él”

Por supuesto, el Señor no se alegraba de la muerte de su amigo Lázaro, ni tampoco del sufrimiento por el que las hermanas estaban pasando. De hecho, cuando llegó allí, *“se estremeció en espíritu y se conmovió”*, y momentos después *“Jesús lloró”* ante la tumba de su amigo (**Jn 11:33-34**). La muerte siempre tiene ese mismo sabor amargo.

Pero desde otra perspectiva, tanto Lázaro como cualquier creyente que muere, pasa a estar inmediatamente con el Señor, lo cual es muchísimo mejor (**Fil 1:23**). Quizá por eso cada vez que asistimos al funeral de un creyente tenemos sentimientos enfrentados; por una parte nos alegramos porque ya está en la presencia del Señor disfrutando de su gloria, pero por otro lamentamos su pérdida y el vacío que deja en nuestras vidas.

En cualquier caso, la razón por la que el Señor se alegraba en esta ocasión era porque sus discípulos no habían estado allí, y porque lo que iban a ver a continuación les llevaría a creer en Cristo. Por supuesto, esto no quiere decir que ellos no creían ya en él, ese no

era el caso, pero su fe tenía que crecer, y ésta iba a ser una ocasión especial para los discípulos, porque el Señor se disponía a realizar un milagro que demostraría algo de él que ellos todavía desconocían. Lo que iban a contemplar, si acompañaban a Jesús, fortalecería su fe de una forma única. Esto les daría una fe mucho más sólida, ferviente y resuelta para enfrentar las pruebas por las que tendrían que pasar en el futuro.

“Dijo entonces Tomás, llamado Dídimos, a sus discípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él”

Uno de los discípulos, Tomás (nombre traducido al griego como “Dídimos” y que significa “mellizo”), habló en nombre de todo el grupo expresando su voluntad de acompañar a Jesús.

En sus palabras se percibe su lealtad hacia el Maestro, pero también cierto pesimismo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él”. Parecía que el plan del Señor no le convencía en absoluto y esperaba lo peor de él, pero aun así no quería separarse del Señor, aunque ello pudiera significar la muerte. Para ellos era mejor morir con el Señor que vivir sin él.

El pesimismo de Tomás contrasta con el ánimo desbordante que caracterizaba al apóstol Pedro. En realidad, todos ellos eran muy diferentes entre sí, pero les unía de forma inquebrantable el amor que profesaban al Señor. ¡Qué bueno sería que todos los creyentes de hoy siguiéramos su ejemplo!

“Vino, pues, Jesús, y halló que hacía cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro”

Cuando Jesús llegó a Betania, su amigo Lázaro ya hacía cuatro días que estaba en el sepulcro. Parece que fue sepultado el mismo día de su muerte. Allí se encontró con “muchos de los judíos que habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano”. Probablemente muchos de estos judíos habían venido desde Jerusalén, ya que como Juan nos explica, “Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios”, unos tres kilómetros.

El caso es que con Lázaro en la tumba, toda esperanza humana se había apagado. Nosotros decimos que mientras hay vida, hay esperanza, pero con la muerte se acaba todo. Es el fin de las aspiraciones, los deseos, los planes. Ya no es posible seguir luchando, ya no hay posibilidad de cambiar ni rectificar las decisiones mal tomadas. Sólo quedaba lugar para las lágrimas, los lamentos y las condolencias por la pérdida, cosas muy nobles si son hechas con sinceridad, pero que de ninguna manera pueden llenar el vacío que el difunto ha dejado.

Quizá por eso se hace tan difícil consolar a alguien que ha perdido a un familiar cercano. ¿Qué decir en esas circunstancias? Todo parecen ser palabras vacías. Es verdad que podemos llorar con los que lloran, pero esto no les devolverá a su ser querido. En esas ocasiones toda simpatía humana se comprueba insuficiente. Quizá por esa razón en muchas culturas modernas se hace todo lo posible por negar la muerte. Es poco habitual que alguien muera en casa rodeado de sus seres queridos. Tampoco los cuerpos son vestidos y preparados para la sepultura por la familia, como sucedía sólo unas décadas atrás. En nuestro tiempo, este proceso ha sido asumido por hospitales, residencias y servicios funerarios. Las funerarias son lugares pintados en tonos pastel, con cómodos sillones, bonitos cuadros y música relajante que nos ayudan a olvidar lo cerca que

estamos de la muerte. Los ataúdes son hermosos por dentro y por fuera, hasta casi parecen acogedores. Los cementerios se han convertido en bellos jardines que evocan paz y serenidad. Todo esto surge de un deseo de hacer que la muerte sea una experiencia algo menos dolorosa, pero ni siquiera todas esas cosas logran ocultar la profunda frustración que nos produce.

En cambio, en la sociedad judía de aquel tiempo las cosas eran muy diferentes. Ellos dedicaban treinta días para el duelo. Los tres primeros días eran para llorar; siete días para lamentar; y veinte días en que ninguno de los que tomaban parte se lavaba o afeitaba. Con todo esto el dolor se mantenía presente por más tiempo y tenía que resultar una experiencia agotadora.

Ahora bien, ¿qué haría Jesús en esas circunstancias? ¿Se limitaría a decir algunas bonitas palabras como los demás, o haría algo diferente? ¿Qué haría frente a la muerte, el mayor enemigo del ser humano? ¿Cómo consolaría el Señor a María y Marta?

“Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”

Tan pronto como las hermanas de Lázaro escucharon que Jesús venía a verlas, Marta salió rápidamente a su encuentro, en tanto que María se quedó en casa. Una vez más manifestaron lo diferentes que eran entre sí. Marta siempre activa, agitada, impaciente, mientras que María era tranquila, pensativa, reflexiva.

Sin embargo, cuando ambas hermanas se encontraron con Jesús, las dos le dijeron lo mismo: *“Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”* (Jn 11:21,32). Seguramente esto es lo que las dos se habrían repetido la una a la otra durante la enfermedad de su hermano.

En sus palabras había una mezcla de emociones luchando entre sí. Quizá se culpaban a sí mismas por haber enviado al mensajero demasiado tarde para que Jesús hubiera llegado a tiempo para sanar a su hermano. Pero es también muy probable que estuvieran planteando un queja contra el Señor por haberse demorado innecesariamente en ir a su encuentro. Aun así seguían expresando su fe en él, puesto que estaban seguras de que su presencia habría impedido la muerte de su hermano. En todo caso, era evidente que las dos hermanas había echado mucho de menos a Jesús en ese trance amargo que tuvieron que atravesar solas.

Se percibe, por lo tanto, una fe mezclada con incredulidad. No dudaban del poder del Señor para sanar a su hermano siempre y cuando hubiera estado presente, pero no alcanzaban a ver que también le podría haber sanado a distancia (Jn 4:50). Y mucho menos eran capaces de pensar que podría resucitarlo de entre los muertos. Su fe necesitaba madurar. Pero eso es también una necesidad para todos nosotros. ¡Con cuanta frecuencia nuestra fe es débil y no alcanzamos a ver toda la grandeza y los recursos de la gracia de Dios!

Nosotros también tenemos que luchar con frecuencia en la vida cristiana contra la desilusión por las expectativas insatisfechas. Estaba claro que María y Marta se sentían insatisfechas; habían esperado algo que el Señor no les había dado. Ahora bien, esto nos lleva a preguntarnos quién fue realmente el que había fallado. Parecía que para estas hermanas Jesús no había estado a la altura de lo que ellas esperaban de él. Pero también tenemos que preguntarnos si era correcto lo que ellas esperaran. ¿Debemos pensar que si estamos con Jesús no nos pasarán cosas malas en la vida? ¿Se ha comprometido el Señor a sanarnos de cualquier enfermedad que tengamos y a librarnos indefinidamente

de la muerte? Si esto fuera así, no habría cristianos enfermos ni tampoco morirían, pero la realidad que vemos a nuestro alrededor no es esta. La propia Biblia nos habla acerca de los sufrimientos y dificultades por las que el apóstol Pablo tuvo que pasar en su servicio cristiano (**2 Co11:24-29**), e incluso entre los “héroes de la fe” encontramos que muchos sufrieron todo tipo de penurias inhumanas (**He 11:36-38**). Claro está que cuando vemos la enfermedad cerca a nosotros nos gusta pensar que Dios nos tiene que librar de ella, pero ¿es eso lo que Dios ha prometido o lo que nosotros queremos creer? Si colocamos nuestra fe en algo que Dios no ha dicho, entonces nos sentiremos desilusionados finalmente, aunque la culpa será enteramente nuestra.

“Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará”

A pesar de todo su dolor, Marta seguía creyendo que Dios obraba poderosamente a través de Jesús. Su confianza en él seguía inamovible. De hecho, esperaba contra toda esperanza que él todavía podría hacer algo, porque sabía que Dios escuchaba sus oraciones.

Pero aquí notamos las ideas vagas y confusas que Marta tenía con respecto a Jesús. Ella hablaba como si él fuera sólo un profeta humano que carecía de poder independiente, como si no pudiera ordenar una curación por sí mismo sin solicitarla a Dios.

Por otro lado, aunque dijo que Dios le daría “todo” lo que pidiera, sin embargo, como veremos a continuación, la resurrección de Lázaro quedaba excluida.

“Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”

Las primeras palabras que nuestro Señor pronunció cuando llegó a Betania son realmente extraordinarias. Prometió a Marta que su hermano Lázaro iba a resucitar.

Pero Marta seguía luchando con su fe y no era capaz de interpretar la resurrección prometida por Jesús como una realidad para el tiempo presente, sino para el día postrero. De hecho, cuando más adelante el Señor mandó retirar la piedra de entrada del sepulcro, Marta parecía no creer todavía que Jesús fuera a resucitar a su hermano, y lo único que alcanzó a decir es que ya había porque llevaba cuatro días muerto (**Jn 11:39**).

Ella, al igual que muchos de nosotros, somos capaces que creer que Dios hará grandes cosas en un futuro lejano, pero al mismo tiempo manifestamos una fe débil ante las pruebas presentes. Pero una vez más vamos a ver que el Señor es capaz de hacer mucho más de lo que pedimos o esperamos también en el presente.

“Dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”

Marta creía que Jesús sería escuchado por Dios en todo aquello que pidiera, pero ahora el Señor le dijo que él mismo tenía autoridad y poder para dar vida y para restaurarla por medio de la resurrección. Él es el “Autor de la vida”, el mismo Dios encarnado, fuente de toda vida, ya sea espiritual o física. Por eso, nadie más que él podía hacer una declaración como esta: “Yo soy la resurrección y la vida”.

Esta es la séptima afirmación del Señor que Juan recogió y que comienza con el conocido “Yo soy”. En esta ocasión quería mostrar que él tenía poder absoluto sobre la muerte. No que fuera un medio para traer a la vida a los muertos, como lo pudieron ser en el pasado profetas como Elías o Eliseo, sino que él mismo era la resurrección y la vida.

En esta ocasión el Señor se proponía resucitar a Lázaro, pero esto sería sólo un anticipo de lo que un día ocurrirá en este mundo *“cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Jn 5:28-29)*.

Notemos también el orden en su declaración: *“resurrección y vida”*. Primero viene la resurrección y luego la vida; porque la resurrección abre la puerta hacia la auténtica vida inmortal. Por eso debemos entender que el Señor se estaba refiriendo en este contexto a personas que están *“muertas”* físicamente. Todas ellas serán resucitadas por el poder del Señor Jesucristo y vivirán eternamente; unos en condenación y otros disfrutando de la vida eterna junto al Señor.

Y a continuación habla de los creyentes vivos, del mismo modo que antes había hablado de los creyentes que ya habían muerto, y dice: *“Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”*. El creyente será librado de la muerte o condenación eterna por el poder del Señor.

“¿Crees esto?”

Marta ya había declarado que creía en la resurrección futura de los muertos, pero ahora el Señor le enfrenta con un hecho diferente: ¿Creía ella que Jesús, su Maestro y amigo, era el autor de la vida y la resurrección? ¿O por el contrario seguiría pensando en él sólo como un profeta que enseñaba cosas buenas y agradables? Había llegado el momento de tomar una decisión personal.

“Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo”

Por supuesto, habría sido más fácil contestar a esa pregunta si Jesús ya hubiera resucitado a su hermano Lázaro, pero una vez más, la fe debía preceder al milagro. Por su parte, Marta confesó su fe en Cristo y aceptó que él tenía las llaves de la muerte y el sepulcro.

La declaración de Marta contiene varios puntos esenciales de la fe cristiana:

- Que Jesús era el Cristo, el Ungido, el Mesías.
- Que era el Hijo de Dios.
- Que era el Redentor prometido que había venido al mundo.

No deja de sorprendernos cómo llegó a entender con tanta claridad quién era Jesús. Sabemos que a sus discípulos más íntimos les llevó mucho tiempo llegar a expresar algo parecido (**Mt 16:15-16**). Además, no debemos olvidar que ella confesó su fe en Cristo como la resurrección y la vida justo después de que su hermano hubiera muerto sin que Jesús hubiera hecho nada para impedirlo.

En muy poco tiempo su fe había avanzado de forma increíble y esto sólo pudo ser posible porque por fin había entendido quién era Jesús realmente. Al igual que el apóstol Pablo, ella también podía decir: *“Yo sé a quién he creído” (2 Ti 1:12)*. Y cuando una persona

entiende quién es Jesús y pone su fe en él, todas las demás cosas cambian necesariamente. Las pruebas y sufrimientos ya no son tan dolorosos. La esperanza que nos da el saber que él es la “*Resurrección y la Vida*” nos da una confianza segura en el futuro que resta dolor al presente.

Además, habiendo llegado a ese punto, ya estaba preparada para recibir una nueva y grandiosa revelación. Pero eso lo tendremos que considerar en otro estudio.

Preguntas

1. Haga una lista de los siete milagros que hemos visto en este evangelio y resuma lo aprendido acerca de Jesús en cada uno de ellos.
2. Busque versículos en la Biblia en los que se habla de la muerte de los creyentes y de la de los incrédulos.
3. ¿Cuáles fueron los propósitos por los que el Señor permitió que Lázaro enfermara y muriera? Explíquelos brevemente.
4. ¿Cómo manifestó Jesús su amor por la familia de Lázaro? Reflexione sobre ello.
5. Busque en el evangelio de Juan algunas de las declaraciones que otras personas hicieron sobre quién era Jesús.